

Á LA MEMORIA

DE

DON EUSEBIO EYTIER RUIZ-MATEOS.

Ne croyez point que son souvenir soit déjà
fini dans ce pays-ci.

MADAME DE SÉVIGNÉ.

No es el día de la muerte el día de las alabanzas, sino el día de la justicia. Al alejarse para siempre, al abandonar el mundo esas personas de acrisolada virtud, de rectas costumbres, de singular talento y de condiciones extraordinarias, nos legan una página de la historia universal, la historia de su vida impresa en nuestra conciencia con caracteres indelebles; único testimonio que resta en la tierra de su peregrinación por el mundo. Mientras vivieron entre nosotros aquellas almas grandes, aquellos espíritus nobles y levantados, pudo el genio del mal intentar oscurecer su historia, valiéndose de la envidia, la lisonja, el interés, el temor y las demás pasiones que infestan el corazón humano: pero desde el momento que el soplo de la muerte disipó su existencia y el hombre vuelve á la nada de que fué creado, elevándose su espíritu al juicio infalible de Dios; desde ese instante, la sociedad como iluminada por un rayo de la alta sapiencia del Ser supremo, pronuncia su juicio severo é imparcial y canta á los que fueron y ya no son, no elogios inmerecidos, ni caritativas laudatorias, sino himnos que son el fiel relato de la verdad de sus honrosas cualidades y la exacta narración de sus virtudes y sus vicios; por eso el día de la muerte no es el de las alabanzas: estas se estrellan ante el frío

mármol de las tumbas; la hora de la muerte es la hora de la justicia, y su terrible fallo la fama que sobrevive y enseña á las generaciones.

Con el último suspiro; con el adios postrero, rompe el hombre la invisible cadena que le liga al mundo: ¿qué importa á los que quedan ensañarse con los que se van? ¿Qué más podrian hacer los vivos para destruirlos, que siquiera iguale á la insaciable parca? ¿Acaso, tan lejos está el olvido de los umbrales de la muerte? y por otra parte, ¿qué puede nadie prometerse con alabar á un muerto?

Solo la justicia habla cuando se acaba nuestra vida; el copioso llanto que derramamos á la desaparicion de nuestros hermanos, el profundo sentimiento que se apodera de nuestros corazones, revela la distincion, el cariño y las excelentes dotes que reconociamos en los que estaban con nosotros y nunca volverán: no es la dolorosa impresion de la muerte la que nos arranca del alma lastimeros ayes, es la simpatia que se captan los buenos lo que apenas nuestro espíritu, y al terminar la vida de uno de ellos acaba el hilo de sus buenas obras, y por eso le hace justicia el mundo y llora su desgracia. Las oraciones fúnebres no son privilegio de la elocuencia de un magnate ó de un insigne orador; se dicen públicamente sí, pero brotan, como la poesía popular, de la inspiracion y del cerebro de todos los hombres; son la expresion de la conciencia humana, el premio de sus relevantes prendas y el último tributo que se rinde á la memoria de los que con su grandeza, su templanza, su valor, su talento y sus virtudes, se hicieron dignos de la pública admiracion y del amor y respeto de todos.

¡Gloria para sus almas en el cielo, justicia para sus actos en la tierra!

B. MELLADO.

GOCES SOÑADOS.

Anoche cuando dormia,
Soñé, madre, dulcemente,
Que entre tus labios ponía
Aquel beso, madre mia,
De mi edad mas inocente.

Anoche, madre, soñando,
¡Qué dulces cosas pasaban!
Tú me adormías rezando,
Y yo aprendía, callando,
Lo que tus labios rezaban.

Madre, ¡qué dulces que son
 Mis sueños de ayer! en calma
 Me dejó ver la ilusión.
 Niñez en el corazón,
 Felicidad en el alma.

Y hoy que del sueño ha cesado
 Tanta visión halagüeña,
 Comprendo el dolor fundado
 De aquel, que del bien pasado
 Solo goza cuando sueña.

JACOBO RUBIRA.

«NOSCE TE IPSUM.»

IV.

La humanidad ha conquistado con los esfuerzos de su inteligencia y con su sangre el Código romano, y ha sentido á Dios, mediante Cristo. Ha reconocido á la tierra como su patria en el tiempo, y al cielo como su mansion en la eternidad. Los humildes han sido llamados á la participacion de todos los derechos por la ley, y aquel poder ilimitado de los emperadores, que se creyeron dioses, se ha debilitado ante la conciencia regenerada por el Evangelio.

La muerte del paganismo y los primeros tiempos de la vida cristiana, son dos asuntos en la historia, que merecen atenta é imparcial reflexion de parte de los que traten de conocerse á sí mismos en la humanidad. El paganismo se habia puesto al amparo del poder y era ya una religion enteramente política; señal inequívoca de que presentia su impotencia y temia su muerte. Todas sus divinidades se reasumian en una; la diosa Victoria, que colocada en la *curia hostilia*, presidia al Senado y ante ella juraban los emperadores. Conservarla era vivir el paganismo; derribarla era hacerle desaparecer para siempre. Pero en vano el ilustre senador Simaco pide la reposicion de la estatua volcada por Graciano; en vano evoca los manes romanos para que recuerden los bienes y las victorias obtenidos por mediacion de

esa divinidad: ni sus lágrimas ni sus años pueden ya impedir la muerte de su religion y de su patria. «No se trata ya de conquistar pueblos,—decía al venerable pagano, S. Ambrosio,—sino de moralizarlos convirtiéndolos; no de asolar naciones, sino de alimentarlas con el maná de la caridad.» Al recordar estas palabras del primero de los oradores y SS. Padres de la Iglesia latina, vé el observador con ánimo sereno derrumbarse á la opulenta Roma y vierte una lágrima agradecida sobre sus ruinas.

La conciencia humana se conoce á la luz del Evangelio. Luciano, su enemigo, y S. Justino, su mártir, confiesan en los primeros tiempos las virtudes que le engrandecen. Los que habian sido siervos del Estado, conquistando la libertad de la Iglesia, arrancan al poder civil la autoridad pontificia con que legislaba en los asuntos religiosos, y la sostienen con Osio en tiempo de Constantino, con S. Atanasio en el de sus sucesores; la defienden contra Valentiniano II y Teodosio con S. Ambrosio, negando al primero una Iglesia para el arrianismo, su secta; prohibiendo la comunión al segundo por la matanza de Tesalonica é impidiéndole la entrada en la catedral de Milan.

Ved como el cristianismo auxilia al hombre en el conocimiento de sí mismo, que es la obra de su civilización.

Siendo un gran espíritu, no podía trasformarse en alma de aquel corrompido cuerpo social, debilitado por los vicios y la molicie del imperio: necesitaba una naturaleza más juvenil y de más vigor y fué á encarnar en el cuerpo de los bárbaros. Libres estos como el viento que agitaba sus cabelleras, se precipitaron estrepitosamente sobre Roma por los mismos caminos hechos en las selvas; por los arcos de triunfo, señales de las victorias de César. Roma habia concretado su civilización á la ciudad, abandonando los campos á aquella esterilidad, que sublevó á Cayo Graco; iba á abastecerse de mieses al Africa y á Sicilia, y la vida del labrador y el colono desapareció con la fecundidad de sus campos.

La irrupcion bárbara penetró facilmente en aquella agonizante civilización y se la llevó absorvida en el alma al espesor de sus selvas; pero el Cristianismo, amante de la soledad desde su origen, busca y convierte á los vencedores; y cuando estos abandonan sus fortalezas, que levantan en la conquistada villa romana, para elevar el castillo, que les defiende de las continuas invasiones, la religion se apodera de sus muros derruidos y erige allí su templo. El castillo y el monasterio eran los dos centros que á su alrededor agrupaban al trabajador y al campesino: aquel, para defenderle de los nuevos bárbaros, como arca que guardaba su civilización; este, para hacerle reposar de sus continuos afanes en la oracion y domar sus instintos guerreros con la piedad. Mientras el guerrero estendia con nuevas

conquistas su territorio y multiplicaba sus súbditos, el monje recogía en su monasterio los restos del arte, de la ciencia de Grecia y Roma, y formaba los oficios, cultivaba la tierra y obtenía las primeras materias, que había de modificar después la industria del hombre.

Así las clases inferiores tuvieron casa para vivir y campo para alimentarse; derechos y armas para defenderles; virtud y piedad para cumplirlos; y poco á poco, con el esfuerzo humano, se agrupó á la choza la casa y se formó la aldea: aumentó la producción, creció la vida y se hizo el pueblo; se civilizó el hombre y nació la ciudad. El guerrero y el monje se hicieron así dueños de la vida humana; el uno de los cuerpos, el otro de las almas: y la bandera y la cruz unidas fueron por mucho tiempo la insignia que les hacía llevar de colina en colina, de valle en valle, de pueblo en pueblo, donde había un hombre, donde existía un alma, los rudimentos de la civilización y de la piedad, que con el auxilio de Dios, había conquistado la humanidad para el porvenir.

¡Mas ah! y cuán difícilmente se contiene el hombre en los límites que la caridad aconseja, queriendo realizar el bien como se concibe!

Pastores muy piadosos y varones santísimos en sus costumbres exigen á los emperadores leyes civiles contra los hereges; y las malas pasiones comienzan á perturbar la mansedumbre y la paz cristianas. Teodosio mandó cerrar algunos templos gentílicos, y una muchedumbre de monjes, olvidados del espíritu de caridad hácia el prójimo, lo invade y destruye todo, como los vándalos.

Todavía, después de cerca de catorce siglos, repiten melancólicamente los vientos y los mares de Egipto el nombre de Hipatia. Arrullada por la ciencia en su cuna, virgen aun en el matrimonio; empapada bajo los plátanos del Pireo en el espíritu de Platon, había sucedido en Alejandria á Plotino. Lo más selecto de la inteligencia había venido de los tres continentes á tomar, como discípulos, asiento en su cátedra.

Un dia atravesaba lentamente, de pié sobre su carro, las calles de la ciudad con el pensamiento arrobado por la ciencia; cuando el diácono Pedro, asiendola de sus flotantes cabellos, la arrastra entre una multitud de fanáticos al templo, y desnudándola, la destrozó con el corte de una concha, arrojando después su cadáver ante la imagen de Cristo.

Al morir así la forma más bella, que pudo recoger el genio de Grecia y Roma, la más pura eucarion del alma de Platon, un eco misterioso repitió en el lenguaje de todos los elementos: «*El paganismo ha muerto; pero el espíritu de la ciencia vivirá eternamente*»

El guerrero, que había cobijado á la sombra de sus fortalezas

al siervo y al villano; bajo cuya bandera había nacido la propiedad *alodial* y la vida opulenta de las ciudades: el guerrero, providencia otros tiempos del esclavo, justicia, en fin, que retribuía los afanes infinitos del campesino y del obrero, crea también con sus rapiñas el *feudo*, y dispone á su antojo de la propiedad y de las personas. Victorioso ó vencido en las luchas con el señor vecino, aumentando ó perdiendo su propiedad, hace insostenible la de sus súbditos, que tienen que recomendar su alodio, ó entregarlo para recibirlo en *beneficio*. Y como la propiedad es la encarnación de la civilización y se pierde casi por completo en el *beneficio* y se debilita en la *recomendación*, el villano no puede ya hacer la vida independiente que compró con su trabajo, y vive á la voluntad, al capricho del señor feudal.

¡Cuántas veces tenía que interrumpir la oración, con que preparaba el sueño de sus hijos, y empuñar las armas para defender su familia y sus ahorros, amenazados por el señor feudal! El sonido de los clarines había anunciado la salida del señor del castillo, que día y noche preparaba el ataque contra sus vasallos; y allá á lo lejos entre las sombras, se descubría como una inmensa armadura de hierro puesta en movimiento, que parecía conmover la tierra: sonaba la campana revolucionaria, que llamaba al pueblo á luchar por la libertad; y en cada puerta, en cada esquina, aparecía un hombre armado, que dejaba allí su vida, viendo saquear y deshonorar su casa al señor, que orgulloso de sus hazañas y arrastrando largo convoy, volvía á su castillo á recibir los alhagos de su castellana, y á oír cantar á los juglares, mientras cenaba opíparamente, los placeres del amor y vendidas adulaciones.

En tanto que la aventurera y orgullosa sociedad, representante de la fuerza, gozaba, sufría y lloraba amargamente la económica y sóbria sociedad que engendra la idea; pero si la fuerza es el alma de la materia, la idea es el alma de la fuerza y vencerá la idea.

Reflexionamos sobre una edad de la historia, que necesita meditar debidamente el hombre, si ha de conocerse con aprovechamiento para la humanidad; y no queremos, á pesar nuestro, dejar de citar algunos hechos, que si alguna vez revelan perversidad en el hombre, jamás afectan las instituciones y los tiempos, pues á pesar de ellas obraron las malas pasiones y conforme al grado de conocer en esos momentos históricos. Otra cosa sería enseñarnos con nosotros mismos, pues miembros somos de la humanidad, y lo que ella ha sido, ha preparado y traído lo que somos.

Por injusta que fuese la servidumbre de la tierra, era mucho más la personal.

Los feudatarios debían, en el acto de recibir la investidura, hacer gestiones propias de un loco ó un ébrio. Debían estorbar á

palos que las ranas del estanque próximo perturbasen el sueño de su señor. En Normandía se prohibía á los villanos levantar sin permiso del señor un carro volcado en el camino, bajo la multa de sesenta sueldos. Había señores que se arrogaron el derecho de quemar á los hereges, que encontrasen en sus tierras. Cuando el obispo se apeaba en la grande abadía de Troyes, el palafren donde había montado era para la abadesa, y para el obispo la cama en que aquella había dormido.

La caridad y la prudencia no consienten continuar enumerando hechos de aquellos tiempos, contrarios á todo sentimiento natural.

Debilitado, cási extinguido el poder real por las usurpaciones y rebeldias de los señores: distribuido el estado en pequeños feudos, sin carácter bastante para constituir nacionalidad ni defender la justicia: sustituido el derecho por la voluntad del señor antojadizo y cruel: rebajada la condicion del villano con la de la propiedad: obediente, sumiso, al señor del *beneficio* ó de la *recomendacion*: empobrecido, hambriento el siervo, por mas que constantemente regase con su sudor las tierras cási infinitas del *feudo*: rebajada la mujer, quizá la más hermosa, á desempeñar el satánico oficio de nigromántica ó bruja: en comunicacion maldita la naturaleza y aun el alma humana con Satanás: maldecida la tierra, maldecido el hombre y condenados á producir abrojos y á perpetuo llanto: presa de la ignorancia el entendimiento y considerada como timbre de nobleza: entretenido el clero en las cosas humanas, viciado en la caza, feudatario del noble; hombres, en fin, y contagiados de aquella atmósfera, que infestaba las naciones enteras, y mataba en Europa en seis años una cuarta parte de sus habitantes, y cubría de escrofulosa lepra á los miserables.... ¡Ah! Ante el cuadro desconsolador que ofrecen aquellos siglos, se fatiga y sufre horriblemente el espíritu, y dudaria de la ley del progreso, si no pudiese mirar los tiempos futuros y bendecir á Dios.

Mas notad que la humanidad, si yerpa, es cási siempre en los medios, rara vez en los fines. Algo debía haber de real y legitimo en el fondo fantasmagórico de ese preternaturalismo nigromántico y alquimista. Habia, sí, la tendencia del hombre eterna y constante á vivir, á comprenderse á si mismo en la naturaleza y á querer penetrar en lo que presiente mas allá de lo finito. Habia el instinto, despues de tantos siglos todavía irrealizable, de establecer una sola moral para la conciencia humana, una política para todos los pueblos. Pero desconociendo, ignorando, que dentro de este límite que se llama tiempo, no se puede aspirar á lo infinito y lo perfecto, sino por lo que es y existe; por lo que es finito, natural y humano, que como obra de Dios, es bueno y santo.

Sin embargo, hay algo en el fondo oscuro de aquella sociedad,

que salva la dignidad humana; porque no hay época ni institución en la historia, que dadas las condiciones de su lugar y tiempo, sea infecunda y no siga la ineludible ley del progreso.

Verdad es que el vasallo rendía pleito-homenaje al señor del *beneficio* ó de la *recomendación*: pero esos actos, si suponían por una parte depresión en la independencia del feudatario, implicaban siempre por otra, que al amparo del señor podía defender la propiedad, que adquirió con su trabajo, de las rapiñas de los poderosos.

El vasallo, con todo, jamás se obligaba á mas deberes, que se comprometía; podía levantarse contra el tirano; podía aliarse con sus compañeros, romper el contrato con que se había ligado, buscando otro señor y nueva patria, á quien entregar su propiedad y defender con su sangre. Así la personalidad humana iba cada día conociéndose y perfeccionándose, haciéndose independiente, tomando caracteres de soberanía; y así se desarrollaba la *libertad individual*, creando esa palabra que ha pasado ya de los reyes hasta los plebeyos, altiva si quereis, pero digna y respetuosa: el *Yo humano*. El Feudalismo, pues, contribuye á desarrollar la propiedad más esencial del alma humana, el más noble y caballeroso de sus sentimientos.

Otro género de relaciones se determinan además con el régimen feudal.

Alguna vez el señor del castillo dió tregua á sus constantes correrías, y separado de los villanos y colonos que cultivaban sus campos, de sus siervos que ejercían la industria; aislado dentro de sus murallas de piedra, adornadas de cabezas de lobos y jabalíes, se dedicó al conocimiento de su familia; comprendió el importante papel que en ella desempeña la mujer y aprendió ante la imágen de la Madre de Dios, que aquella que el Derecho romano había considerado á lo más como hija y hermana, debía ser la señora del castillo; y creó entonces la castellana, compasiva, sufrida, callada y casta, como mujer; cariñosa, prudente y fiel, como esposa; solícita y amante de sus hijos, como madre: foco donde se reconcentraban todos los dolores y goces de la familia: ángel de paz, sobre cuyas rodillas descansaba la cabeza de su señor, en cuyo seno encontraban calor y vida sus hijos. Era imposible que la fiereza y altivez del castellano no se suavizasen a los amantes alhagos de esa mujer regenerada, que embellecía con su hermosura y sus virtudes la vida monótona del castillo.

Además, la civilización concentrada por los romanos en las ciudades, se extiende, como hemos dicho, por los bárbaros á los campos. La *Iglesia* y el *Feudalismo* buscan al bracero y al villano para agruparles, aunque con distintos fines, al pié del castillo ó del monasterio: y ya digimos, cómo á medida que el

hombre se redimía con el trabajo de sus manos ó de su inteligencia, cómo al par que crecía la familia, nacía el pueblo y la villa, se formaba la ciudad.

Para terminar: donde antes no vivían más que esclavos y colonos, viven por el castillo y la abadía siervos, villanos y señores: circunstancia que contribuye, no solo á aumentar el cultivo de las tierras, sino á propagar los beneficios de la civilización hasta donde no había antes penetrado.

(Se continuará).

F. MIRAS.

¡AMARGA EXPERIENCIA!

SONETO.

—¡Niña! al umbral de la vejez helada
Quizás también te encontrarás un día,
Enjuto el corazón, el alma fría,
Por crudo desengaño envenenada.

Entonces ¡ay! comprenderás, cuitada,
Que éste mísero anciano no mentía,
Cuando con torpe labio te decía:

«¡Cuanto en tu torno ves, es humo, nada!...»

—Mas ¿y éste amor que el pecho me devora?...

—¡Mañana de él se burlará el impío!

—¡Me haceis estremecer! —¡Ah!

—Padre mío!....

¡Sembrado habeis en mí duda traidora!

—Valor, niña, valor!

—No hay ya consuelo!....

—Piensa en el mas allá. Recuerda el cielo!

ERMELINDA DE ORMAECHE.

LA NOCHE BUENA.

Altamente notable es el momento de la venida del HIJO DEL HOMBRE: un poco antes, su moral no hubiera sido absolutamente necesaria, pues los pueblos se sostenían aun por sus antiguas leyes; un poco más tarde, el divino Mesías no se hubiera presentado sino después del naufragio universal.

Chateaubriand.

Cuando el imperio romano se agitaba ébrio de placeres culpables en medio de aquella bacanal que precedió á su ruina; cuando el orden antiguo amenazaba derrumbarse entre los abominables combates del circo, allí donde el pudor y la humanidad no figuraban en el número de las virtudes, donde la prostitución había arrancado todos los velos, donde la ley autorizaba los mayores crímenes contra las costumbres; cúmplase y tiene lugar un acontecimiento que había de operar en el mundo la más fecunda de las revoluciones.

Siempre que hemos detenido la reflexión en este momento de la historia, no ha podido por menos de surgir á nuestra mente con toda la fuerza del conocimiento, la idea de una mano providente, que preparando los sucesos todos, acude pronta á salvar á la humanidad en las grandes crisis que á veces la con-
turban.

El mundo antiguo se había refundido y como encerrado dentro de aquel gran pueblo, primero en virtudes, cuando escalaba el pedestal de su grandeza, y primero también en abyección, cuando, sometiendo á la ley de las cosas mundanas, le tocó descender del glorioso obelisco á que le abrazara la fortuna. Ese día era llegado ya: cien nuevos pueblos iban á levantarse sobre sus escombros, y razas extrañas, menos cultas, pero más vigorosas, se preparaban á inundarle para repartirse sus despojos y erigirse en señores de las nuevas nacionalidades. La antigüedad se acercaba á su fin: los albores del nuevo período comenzaban á irradiar por los confines del caduco imperio; la gran irrupción bárbara del siglo V era el acontecimiento que debía señalar esta era de transición.

Ahora bien: ¿esa civilización que finaba, esas razas y esas instituciones que desaparecían en el pasado; que legado dejaban á las nuevas civilizaciones, á las nuevas costumbres y á los nuevos hombres?

¡Ah! de poco sirvió al génio romano ir á buscar sus inspiraciones en la filosofía de Platon, ni importar á sus códigos las leyes de Licurgo. De poco aquel decantado brillo en las ciencias, en las artes, en la política, en las letras, y en todas las manifestaciones del pensamiento. La mas vergonzosa degradacion habia sucedido á las virtudes republicanas: el sensualismo en las costumbres, el error en las ideas, la esclavitud en el derecho público y la muerte en el corazon; ¡tal era el fúnebre atavio con que el imperio de los Césares se preparaba á recibir á los soldados de Atila, empujados como un azote por la providencia desde las heladas llanuras de la Germania hasta la cumbre del Capitolio!

La suerte, pues, de las futuras sociedades estaba definida: organizadas al influjo de una sociedad viciada en su esencia, solo podían ofrecer la esperanza de un porvenir aciago.

En tan solemne instante de la historia, cuando todo era indicio de una conflagracion universal, se oye una noche cruzar por el espacio un eco misterioso, que canta gloria á Dios en las alturas y ofrece paz á los hombres en la tierra, anunciando que ya era venido al mundo el prometido de los profetas. Desde aquel punto comienza á realizarse en la humanidad la más trascendental de cuantas revoluciones registran los anales del tiempo. El divino fundador del catolicismo aparece sobre un establo de Belen, enseñando la mansedumbre y la humildad á aquellas sociedades que se agitaban desenfrenadas en la sala de los festines, y desde entonces cambia y se modifica el destino del porvenir, por que la luz del Evangelio será ya el astro que guie por el sendero de la gracia a los rudos domeñadores de la ciudad envilecida.

Llegò la hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todas las edades, tan prometida en todos los siglos, tan cantada y predicha en todas las Escrituras divinas.

Ya no importa que la historia moderna comienze su periodo en el tiempo, porque lo que antes no supieron obrar las filosofías mas sagaces del gentilismo, sabrálo practicar en adelante el mas indocto de los hijos del Evangelio.

¿Que sería de la Europa moderna si los bárbaros hubiesen sorprendido el mundo bajo el politeismo? Alarico, aquel rey espantosamente grande en medio de su barbarie, decía: «Siento en mi interior algo que me incita á prender fuego á Roma»

La gran mision del Evangelio ha sido prevenir el naufragio de la sociedad y de las luces. Aun suponiendo que los bosques de la Escandinavia no hubiesen arrojado entonces sobre la Europa sus hordas guerreras, era bastante la perversidad del mundo romano, para haber acarreado por sí sola la mas completa disolucion. «Solo una religion puede renovar en su fondo á un pueblo. La religion del crucificado restableció todas las bases de la

»moralidad.»

Noche de la *Buena nueva* llaman las generaciones, aquella en que se realizó tan grande maravilla.

«¡Qué cuadros no hubieran dejado Homero y Virgilio, del nacimiento de un Dios en un pesebre; de unos pastores que acuden presurosos á rodear su cuna; de unos magos guiados por una estrella de esplendente luz; de unos ángeles que bajan al desierto; de una Virgen madre que adora al recién nacido; y de toda esta mezcla de inocencia, de encantos y de grandeza!»

OMAR.

AL CESANTE.

Desea mi pensamiento
Describiros, y no en chanza,
Al cesante en un momento:
Si prestais oído atento
Escuchareis su semblanza.

Es del cesante la vida
Tan menguada, que no vé,
Sino á aquel que le convida
A un almuerzo. una comida,
O una taza de café.

Que es fumador es seguro;
Y si de papel lo usa,
Desde luego os aseguro,
Que cuando no lo rehusa,
Es porque no tiene un puro.

Al amanecer el día,
Se despierta cavilando
En su triste cesantía;
Siempre la misma manía,
Esté despierto ó soñando.

Coge su ropa raida,
Tal vez con algún remiendo
Para alargarle la vida,
Que á él se le acorta, no viendo
La nómina consabida.

Nómina que yace muerta,
 Por no tener credencial,
 Y se encuentra fría y yerta;
 El poder ministerial
 Podrá decirle: «¡despierta!»

Y entonces muy satisfecha,
 Y alegre, dirá al cesante;
 Amigo, con esta fecha,
 Sobre mi tu firma echa,
 Y cobrarás al instante.

Para este fin alcanzar,
 No se encuentra otro criterio
 Qué relaciones buscar
 Y paciente visitar

Día y noche al ministerio,
 Dar al café alguna vuelta,
 Donde credenciales van;
 Y teniendo lengua suelta.
 Cuando hay alguna revuelta.
 Los diputados las dan.

Siendo esto cierto, señores,
 No se organiza un gobierno
 Bebiendo horchata y licores;
 Que así es nuestro mal eterno,
 Y aumentan nuestros dolores.

De noche se va al casino
 El laborante de zapa;
 Y trillando este camino,
 Como sepa hablar con tino,
 Una credencial atrapa.

Como es escasa su mesa,
 Tiene fruncido el semblante;
 Pide *audiencia*, con un *besa*
La mano; y al que no cesa
 De pedir, llaman cesante.

Este, es claro, come y bebe,
 Aunque sea alguna friolera;
 Y como á pedir se atreve,
 A todo el mundo le debe,
 Especialmente al hortera.

Se asocia á los patriotas,
 Les habla de la reaccion:
 Y lleva el pobre unas botas,
 Que aunque mugrientas y rotas,
 Falta saber de quien son.

Siempre vivió en lá zozobra,

Vacilante é inseguro;
 Y como el sueldo no cobra,
 El tiempo nunca le sobra
 Para tener un apuro.

Mirando con vista osca,
 Con avidez el cesante,
 Cuando divisa una rosca,
 Se pega como una mosca
 A la miel, en un instante.

No va el hombre de esta raza
 A fumar á la oficina;
 Y sospecho por su traza,
 Que no comprando en la plaza
 No habrá lumbre en su cocina.

Si alguna persona llega
 A visitar al cesante,
 El infeliz no se niega;
 Y es por si acaso le entrega
 El producto de algun guante.

Pero aquí hay una escepcion
 Que me dejé en el tintero:
 Se niega por precision,
 Cuando llega la ocasion
 De visitarle el casero.

Y en verdad que agrada poco
 Esta visita incesante,
 Que francamente revoco;
 Porque al verla me sofoco,
 Aunque no sea cesante.

Dicen que éste desgraciado
 Es sanguijuela cruel,
 Que al pueblo deja estenuado;
 ¿Tiene la culpa el Estado,
 O tiene la culpa aquel?—

Que resuelvan el problema
 Un ministro y el cesante;
 Que asunto que tanto quema,
 Señores, no tengo flema
 Para sacarlo adelante.

J. M. LOPEZ.

Hé aquí los lemas y títulos de los trabajos presentados al Certámen de la Sociedad Económica Lorquina de Amigos del País, y que nos han sido remitidos por el Sr. Secretario de la misma Sociedad é insertamos con mucho gusto para conocimiento de los autores.

SECCION DE AGRICULTURA.

N.º 1.º=CARTELLA Ó MANUAL DE AGRICULTURA.—Se han recibido dos trabajos con los siguientes lemas:

«Labor prima virtus.»

«Querer es poder.»

3.º—Una sola MEMORIA con este lema:

«La equidad en la distribución y aprovechamiento de las aguas de riego produce virtualmente el aumento de su caudal.»

SECCION DE LITERATURA Y ARTES.

N.º 1.º=COMPENDIO DE LA HISTORIA DE LORCA.—Un solo trabajo.

Lema.—«Justum est benefacere Reipublicæ, etiam benedicere haud absurdum est.»

2.º=ODA AL TRABAJO.—Una composición, con el lema: «Labor»

3.º=ROMANCE. sobre un episodio de la Historia de Lorca.—

Tres composiciones con estos lemas:

»Dos victorias.»

«Toma de Overa.—Ahí vá lo mío.»

«Batalla de los Cabalgadores.»

4.º=POESÍA sobre un asunto ó pensamiento moral.—Ocho poesías con los siguientes lemas:

«Amor á la paz —Cantad, pues sois felices.»

«¡Y tan sola con los muertos!

¿Qué haras allí, vida mía..?»

«La vida—Esperemos.»

«La copa de la vida.—Mané...»

«La hermana de la Caridad.—Toda es amor.»

«Pensamiento moral.—La vida.»

«A Lorca: Pensamientos sobre el amor patrio.

»Las mártires de la guerra.»

6.º—HIMNO sobre asunto libre.—Dos composiciones, con los lemas:

«A la Academia.»

«¡Viva España!»

7.º—CUADRO original libre.—Tres trabajos, con los lemas que se espresan á continuacion:

«Rufianes atacando una litera.»

«El requiebro.»

«Otelo y Desdémona.»

8.º—CUADRO original sobre un episodio de la historia de Lorca.—Se ha presentado un solo cuadro con el lema:

«Overa por Lorca.»

10.—PROYECTO DE MONUMENTO de los hombres célebres lorquinos.—Un solo trabajo, con este lema:

«A la Virgen de las Huertas.»

A los restantes temas del Certámen no se ha recibido ninguna composicion.

Lorca 8 de Diciembre de 1876.



Con profunda pena anunciamos á nuestros suscritores la sensible pérdida de nuestro dignísimo amigo el Sr. D. Eusebio Eytier Ruiz-Mateos, que falleció en Barcelona el día 4 del corriente mes. Honrado patricio, político de elevado y perspicaz criterio, que ha ocupado varias veces los primeros puestos de la Administración local; de claro talento, de íntegras é intachables costumbres, finísimo en su trato, cumplido caballero en todos sus actos, leal y entusiasta para sus amigos, estimado de cuantos le trataban y respetado por todos sus conciudadanos, ha bajado al sepulcro, lejos de su país natal, sin el consuelo de recibir el último beso de sus hijos, dejando en Lorca un recuerdo imperecedero de sus relevantes cualidades y un vacío muy difícil de llenar. El ATENEO pierde con él uno de sus mas celosos sostenedores: siempre se halló dispuesto á prestarle su apoyo, su dinero y su ilustrado concurso. Amaba las letras y su palabra era siempre un estímulo para los que las cultivan; y en momentos de crisis y angustia suprema, siendo Vice-Director, contribuyó á salvar aquella situacion con su influencia y eficaz cooperacion, El ATENEO sería ingrato, si no dedicase una lágrima y un sentidísimo recuerdo á su memoria, acompañando á su distinguida familia en el justo dolor que la aflige.

¡Descanse en paz!

